

LEER A KAROL mauricio wacquez

El estudiante de filosofía se sorprende cuando descubre el surrealismo. Porque niega sus certezas. Es ya un buen motivo para comenzar de nuevo. En los escarceos que llevó a cabo en busca de la Verdad se fué dando cuenta de que ésta existía pero que negaba su propia existencia. Descubre un *impasse* que lo conduce inexorablemente a una suspensión del juicio, a una cautela que alimenta su desgana, que paraliza su conducta, dejándola “entre paréntesis”. Es el momento en que el surrealismo irrumpie desmoronándole el edificio, descubre que la verdad de la ciencia es desdeñable, se deja crecer el pelo, se hace hippy. Muy bien. Ha descubierto en el arte los *motivos* demoníacos para seguir viviendo.

Esta situación del estudiante de filosofía o del filósofo es más bien la situación de la filosofía actual. Si no es exégesis o Historia del saber, la filosofía no responde a aquello que le preguntan: qué sea la verdad. Cuando el filósofo, convertido en hippy, es asediado por la Academia acerca de la pregunta fundamental, responde: “Mírese en el espejo, no me pregunte a mí”. En adelante, entonces, deja de escribir, la verdad lo trasciende, situándose más allá de su especie. Sin embargo, lentamente esa apología del fondo del espejo que es el surrealismo lo conduce sin demasiado examen a reconocerse como un revolucionario, de pronto descubre que la Revolución no es sino la forma con la cual los hombres niegan la verdad que los destruye. Esa verdad, la única y la última, que si fuéramos realmente racionales nos obligaría a pegarnos un tiro. Pero nuestro hombre ya está a salvo, se ha hecho hippy o revolucionario, empujado por un candor que mueve a lástima o a ter-

nura, afirma que la vida es posible. El último estadio al que llega es a aferrarse a esa doctrina gruñona del marxismo, a esa anti-verdad.

Perfecto.

El mundo socialista es bastante ese fondo del espejo que descubrimos con Michaux o Magritte, el revés de una trama que tiene todas las de perder si se le aplica la verdad del filósofo. Porque fuera del espejo trabajamos con la consecuencia acorde con las verdades que se estilan y enarbolan en las Sociedades de Filosofía. Así, cuando en posesión de dichas verdades vamos a ver a nuestros hermanos socialistas, a ayudarlos con nuestra voluntad más o menos revolucionaria, tratando de que salgan del subdesarrollo “inaceptable” en el cual se hallan, nos damos cuenta de que la maleta de certezas que nos acompaña nos es requisada en la Aduana por un cauteloso agente que, a cambio de ella, nos extiende un recibo. Nos preguntamos entonces: “¿Cómo, sin los instrumentos, vamos a poder hacer algo por estos desgraciados?” Esta primera noche, llena de sobresaltos, precede a un delirio donde los hombres aparecen con cabezas de manzanas, donde basta retirar un grano de arena para que la playa se hunda. Muy pronto nos sorprendemos en el hall de un hotel tratando de demostrarle a un recién llegado que la vida *es posible* si no se usan desodorantes, también que no es una locura cruzar el Atlántico en un avión a hélice y que parece que la ruta más corta entre Madrid y La Habana pasa por Terranova. Creemos soñar al mismo tiempo, puesto que pareciera que no somos nosotros los que hablamos sino ese genio maligno que nos posee desde que nos requisaron la maleta. Abreviando, nos abandonamos a vivir sin Postulados, sin Verdades, sin Principios que planifiquen, equilibren o encauzen. Improvisamos, nos caemos rompiéndonos los dientes, pero no nos matamos. Sólo ahí comprendemos que vivir la vida no es cruzar un campo pero que esta dificultad nos llena de recogijo y que, por lo menos, hay que vivir para aprender a planificar, para improvisar, para romperse los dientes.

Pero ¡cuidado!, hay contrabandistas. Los agentes de la Aduana no son muy cuidadosos. Algunos señores que conocen el juego y son menos inocentes que nosotros, saben disfrazar la maleta con la Verdad e introducirla en el país. La necesitan porque quieren contar lo que sucede entre esos hermanos locos. La Verdad de

fueras del espejo la aplicarán cuando hablen del fondo del espejo.

K. S. Karol es conocido entre nosotros por un libro admirable sobre China. Karol es, además, polaco, experto en cuestiones soviéticas, vive en Francia y le habla a los occidentales. Recientemente ha publicado un libro, igualmente admirable, sobre Cuba(1). Nada se puede objetar a la maestría, cuidado y responsabilidad con que está escrito. Nos deslumbra. Si le aplicamos los principios de la objetividad —salvo en algunos detalles no significantes— debemos reconocer a regañadientes que no merece reproches. El autor se acercó a la realidad cubana con la lucidez meridiana que caracteriza a la investigación histórica y política moderna. Hay en lo que nos cuenta una verdad de la intuición que nos convence con razones más poderosas que la mera estadística ilusoria. Los once años de Revolución que despliega ante nuestros ojos son los que cualquier cubano, en lo inmediato, ha vivido. Incluso la disección de las “etapas”, el análisis de la economía, el conocimiento profundo que logró de la vida cotidiana cubana, son tan sorprendentes que producen desazón y hasta angustia. Principiando por un espléndido friso de la historia de Cuba en el machadato, del batistato y de la acción del Ejército Rebelde, nos sumerge sin dolor en el seno de la Revolución, en la alegría, espontánea que produce la ilusión y el entusiasmo. Paso a paso, sin ahorrar verdades históricas —los acondicionamientos internacionales que han dado un aspecto peculiar a la Isla— describe, inmisericorde —puesto que un historiador no puede pecar de lesa ciencia— los momentos, errores y aciertos de la Revolución, hasta llegar a una última parte que llama “Viraje Completo” (revirement) de los objetivos, planes y postulados del socialismo cubano. Esta última etapa comenzaría con la Ofensiva Revolucionaria, pasaría por la adhesión a la URSS en el caso Checoslovaquia, por el silencio cubano en la matanza de los estudiantes mejicanos, por un significativo suavizamiento de la política de Cuba frente a la lucha armada en América Latina, para robustecerse en un estado actual, dependiente de la Unión Soviética, con un reforzamiento militar de la vida cubana y de la producción. Termina confiando en el éxito de la Zafra de los 10 Millones.

Irreprochable, “Los Guerrilleros en el Poder” ha tenido muchos lectores en Francia y una amplia difusión en todo Occidente. Se admira en Karol la capacidad y

la seriedad del investigador y del analista porque habla el lenguaje que necesitan sus lectores, de París, Roma o Buenos Aires. Pero algo se filtra en ese texto impólito: un antisovietismo que limita casi con la paranoia. Karol ve soviéticos detrás de cada árbol dada su condición de polaco que vive en el capitalismo aunque en el seno de éste pase por revolucionario. No le perdonan a Cuba su alianza con la URSS. Ahí comienza su descubrimiento, su animosidad por los soviéticos es el hilo de Ariadna que buscábamos. Otras reflexiones aparecen entonces. Por ejemplo, comenzamos a preguntarnos por lo que se propone Karol. Y sin dificultad advertimos que quiere dirigirse a un hombre, revolucionario o no, que es inocente de socialismo. El Socialismo es el motor de la evolución y del cambio político del mundo actual. Por esto es también el Gran Culpable. Los dirigentes revolucionarios lo saben y actúan desde la conciencia de esa culpa. Saben que ellos son los responsables de que el hombre moderno que quiere dormir permanezca despierto, de que a pesar de todos los “malos ratos” que exige la construcción del socialismo el individuo lo deseé y lo asuma. El Socialismo debe entenderse dentro de esa culpa, desde esa anti-verdad, una anti-verdad que no puede *entender* el lector de Karol porque no la conoce. Los estudiantes europeos, cultores de la esperanza y del fervor, llegan a La Habana preguntando por el Paraíso. Pronto, muy pronto, cuando comienzan a aplicar las normas escolares que justifican su rebeldía, se dan cuenta de que vivir el socialismo desde dentro, saber en suma, no se inscribe en un mundo de ilusión cumplida, sino, por el contrario, dentro de parámetros fijos y casi idénticos, correspondientes a momentos históricos, donde todos los principios y las banderas se ven comprometidos y condicionados por la existencia de un mundo exterior cuya acción económica es despiadada. Vuelven a sus países desilusionados y revisando el aparato teórico que habían construido. Lo que es imperdonable en Karol es que él, que sí sabe, escriba sobre Cuba como si escribiera sobre la Normandía. Llevar sobre la espalda el peso de toda la Historia implica una responsabilidad que el Socialismo debe asumir de cualquiera manera. Esto lo sabe Karol pero no sus lectores. He aquí el conejo escondido en la manga. La verdadera Revolución sólo es posible hacerla cuando las apuestas se mantienen más allá de la desilusión adolescente que destruye las quimeras. Y Cuba es un ejemplo de ese desesperante

quehacer que busca salidas en medio de desgarramientos y concreciones. En este momento Karol y sus lectores se sorprenderán a lo mejor de que la Revolución Cubana sea un *proceso*, de que, a despecho de los revéses y de las insinuaciones del autor de que se marcha hacia un estalinismo, el país se vea envuelto en una democratización del trabajo y en una profunda reflexión sobre sus limitaciones y posibilidades. Cuba desconcertará siempre a los profetas que quieren definirla. La mala voluntad de "Los Guerrilleros en el Poder" es manifiesta cuando mira a la Revolución como un "objeto" y no como una dinámica. En el caso extremo en que se deba escribir sobre Cuba, debe por lo menos hacérselo viéndola *en el proceso*, con una mirada abierta en la que lo insólito y desconcertante, la contingencia que desmorona las extrapolaciones, son la materia *real* de lo mirado. De lo contrario el libro cumplirá su objetivo en cuanto a difusión y éxito pecuniario pero no en aquello que es moral rectora de toda obra: trascender, ser más dinámico aún que lo que describe, en fin, abrir caminos y no cerrarlos. Este es el peligro de establecer paralelos, postulados e hipótesis de trabajo. La realidad de un mundo revolucionario es el revés de la realidad, ese fondo del espejo, lo otro, inconfesado, temido y deseado, sobre el cual no cabe aplicar los procedimientos lógicos de la investigación porque se quedan cortos. Esto lo sabe quien ha vivido en Cuba. Un libro como "Los Guerrilleros en el Poder" trabaja precisamente con aquello que se ignora —no los hechos, puesto que alcanzar la sabiduría implica saber que los hechos no denuncian ni demuestran— sino aquello que se ignora en el sentido más amplio de lo humano e histórico, la vida misma puesta a prueba en las apuestas, la razón cardíaca, la buena voluntad, contraveneno del resentimiento.

K. S. Karol es un malabarista de la Historia, pasa por un sabio. Pertenece a ese tipo de visitante cubano que filtra su razón por las aduanas, el contrabandista, y no al otro que abandona alegremente esa razón y que incluso, en el momento de partir, se da cuenta que ha perdido el recibo que le dieron por ella.

Nov. 1970

(1) K. S. Karol "Les Guerilleros au Pouvoir", Robert Laffont, éditeur, Paris, 1970.

